

La novela como fuente para la historia: el caso de *Crimen y castigo* (1866)

JUAN AVILÉS FARRÉ*

Hay muchos motivos por los que leer novelas: el goce estético que proporcionan las palabras, el deseo de comprender más profundamente la naturaleza humana, nuestra tendencia, quizá innata, a enterarnos de los aspectos más curiosos de la vida de nuestros semejantes (tendencia que puede hallar satisfacción en vidas inventadas, de la misma manera que el deseo sexual masculino puede hallarla en la imagen plana de un desnudo fotográfico). Pero, ¿tiene sentido leer novelas para aprender historia? En mi opinión la respuesta es afirmativa. No tanto en el caso de las novelas históricas, cuya documentación se basa en estudios históricos anteriores, por lo que difícilmente podrían ofrecer información que no se hallara en estos. Sí en el caso de las novelas que se basan en las experiencias personales del autor y de sus contemporáneos, que raramente han sido escritas con el deliberado propósito de proporcionar un panorama histórico.

El novelista escribe para experimentar la belleza del lenguaje, para expresar sus sentimientos y creencias, y para conectar con un público, lo que lleva consigo la no despreciable ventaja de que las novelas se vendan. El público, por su parte, busca en la novela no tanto un reflejo fiel de la vida como elementos de interés estético y emocional. Como todo el mundo sabe, una novela capta el interés del lector de una manera que difícilmente conseguiría un informe sociológico. Quien en una novela busque sobre todo la verosimilitud ha elegido un camino equivocado y por ello, al leerla con la finalidad de incrementar nuestro conocimiento histórico, no tiene sentido buscar *hechos*. Por el contrario, lo que la novela proporciona son *pistas acerca de las condiciones de vida, las costumbres, los sentimientos y las ideas de una sociedad, pistas que han de ser comprobadas*

* Catedrático de Historia Contemporánea. UNED.

mediante fuentes de otro tipo, pero que quizá no habría sido fácil encontrar en primer lugar en esas otras fuentes. Y sobre todo pistas acerca de los sentimientos que compartían el autor y sus lectores. Aunque ciertos novelistas han realizado excelentes descripciones de las condiciones físicas de determinado ambiente social (las viviendas, las calles, las ropas), como regla general el interés histórico de una novela estriba sobre todo en las pistas que proporciona acerca de la manera en que se experimentaban íntimamente en una época los distintos aspectos de la vida: cómo se concebía la relación entre marido y mujer, cómo se sentía la muerte de un hijo, qué ilusiones y desengaños sentía un joven al comienzo de su vida independiente. Quien crea que estas preguntas no tienen relevancia histórica no tiene motivos para interesarse por las novelas, pero en mi opinión tiene un concepto muy pobre de la historia.

UNA OBRA MAESTRA

En principio no hay motivo para descartar que una novela de escaso valor literario pueda proporcionar pistas históricas interesantes. Es más probable sin embargo encontrar pistas valiosas en aquellas novelas que el consenso de la crítica ha considerado obras maestras, por la sencilla razón de que difícilmente sería tenidas como tales si no mostraran algo interesante acerca de la naturaleza humana. Y en el fondo ésta constituye también el principal objeto de la investigación histórica: nos interesa la vida de nuestros antepasados por lo que revela acerca de la inmensa variedad de la conducta humana.

¿Es *Crimen y castigo* una obra maestra? Aunque a una pregunta como ésta no se le puede dar una respuesta objetiva, lo menos que se puede decir es que habitualmente se la considera una de las mejores novelas del siglo XIX. Un historiador, curiosamente aficionado a las estimaciones precisas, la sitúa entre las dieciséis novelas rusas de aquel siglo que pueden calificarse como obras maestras¹. Y la opinión más general es que, junto a *El idiota* (1868), *Demonios* (1872) y *Los hermanos Karamazov* (1880), constituye el cuarteto de las grandes novelas que hacen de Fiodor Mijailovich Dostoievski (1821-1881) uno de los mejores novelistas de todos los tiempos. No todos los críticos se han mostrado

¹ HINGLEY, Ronald (1967): *Historia social de la literatura rusa, 1825-1904*, Madrid, Guadarrama, págs. 14-15. Este libro es útil para comprender algunos aspectos de la sociedad rusa decimonónica.

sin embargo de acuerdo. Para Vladimir Nabokov (1899-1977), Dostoievski era un escritor mediocre, aquejado de un sentimentalismo melodramático que hace de *Crimen y castigo* un fracaso desde los puntos de vista estético y ético². De acuerdo con el particular criterio de Nabokov, a su vez un importante novelista, sólo cuatro escritores rusos del siglo xix habrían sido verdaderamente grandes: Pushkin, Tolstoi, Turgueniev y Chejov.

En España la obra de Dostoievski tardó en ser conocida. Posiblemente quien primero destacó aquí su importancia fue Emilia Pardo y Bazán, en 1887, cuando en el Ateneo de Madrid dio a conocer al público español la literatura rusa que por entonces triunfaba ya en Francia³. Había leído *Crimen y castigo*, en francés, dos años antes y le había causado una impresión muy honda. Poco después, en 1888, parecen haberse publicado en España las primeras traducciones de obras rusas, en concreto *Ana Karenina* de Tolstoi y *Memorias de la casa muerta* de Dostoievski (que apareció con el título de *La novela del presidio*); pero así como las mejores obras de Tolstoi se publicaron y leyeron ampliamente a partir de entonces, las de Dostoievski hubieron de esperar más. En particular, puesto que no era costumbre habitual fechar las ediciones, es difícil saber cuándo se publicaron las primeras versiones de *Crimen y castigo*, que corrieron a cargo de las editoriales Maucci y Sopena y, como por desgracia era frecuente, no sólo eran traducciones realizadas a partir de traducciones francesas, sino que estaban terriblemente mutiladas⁴. A pesar de ello, Dostoievski alcanzó gran prestigio y popularidad en España a comienzos del siglo xx y sobre todo tras la revolución bolchevique, que incrementó en nuestro país el interés por Rusia y su literatura. En 1926 un crítico español escribió que *ningún novelista podía compararse con Dostoievski como psicólogo*, que en sus obras se planteaban las más trascendentales cuestiones que en aquel momento preocupaban a los hombres de pensamiento y que muchas ideas desarrolladas posteriormente por Freud (el subconsciente) y por Nietzsche (el superhombre) estaban ya presentes en él⁵. De hecho el propio Freud destacó la penetración psicológica del novelista ruso en un

² NABOKOV, Vladimir (1984): *Curso de literatura rusa*, Barcelona, Bruguera, págs. 164-187. Este libro, publicado póstumamente a partir de conferencias de su autor, contiene muchas observaciones interesantes, aunque obviamente discutibles.

³ PARDO BAZÁN, Emilia (1887): *La revolución y la novela en Rusia*, Madrid, Imprenta M. Tello.

⁴ PORTNOFF, George (1932): *La literatura rusa en España*, New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, págs. 33-41.

⁵ BAEZA, Ricardo (1935): *Comprensión de Dostoiewsky y otros ensayos*, Barcelona, Juventud, págs. 14-15.

estudio que escribió por entonces (*Dostoievski y el parricidio*, 1928), mientras que unos años antes André Gide le había situado, junto con Ibsen y Nietzsche, entre las grandes figuras intelectuales de Europa (*Dostoievski*, 1910).

El sentimentalismo romántico de Dostoievski provocaba sin embargo disgusto incluso a algunos de sus admiradores. Rafael Cansinos Assens, que más tarde sería el excelente traductor de su *Obras Completas* para Aguilar, observó en un estudio, publicado en los años treinta, que al desconfiar del hombre sano, fuerte y con voluntad de dominio, Dostoievski parecía llegar a la conclusión paradójica de que para ser bueno había que estar un poco enfermo y un poco chalado ⁶. Otro rasgo fundamental de Dostoievski, su ideología de extrema derecha, tardó en cambio más en ser comentado en España, en parte porque sus escritos políticos, mucho menos interesantes que sus novelas, fueron tardíamente traducidos ⁷. El conocimiento de tales escritos permitió a Aranguren concluir, en un breve estudio publicado en 1970, que Dostoievski era, ideológicamente un perfecto reaccionario, lo que sin duda sorprendería a aquellos de sus admiradores que sólo habían leído dos o tres de sus más grandes novelas, y que esa ideología reaccionaria tenía como base una determinada concepción del cristianismo, muy distinta a la que el propio Aranguren defendía ⁸.

De estas breves observaciones sobre el impacto internacional y la repercusión en España que tuvieron las obras de Dostoievski, hay dos que el lector actual de *Crimen y castigo* haría bien en retener: el entusiasmo que despertó esta novela y los reparos que suscitaron tanto la ideología reaccionaria de su autor como su sentimentalismo. A propósito de este último, Nabokov observó que a Dostoievski le gustaba situar a personajes virtuosos en situaciones patéticas y extraer de ellas hasta la última gota de patetismo. Estas páginas no pretenden sin embargo desarrollar una crítica literaria de *Crimen y castigo*, ni tampoco analizar a fondo la ideología de Dostoievski. Su propósito es mostrar algunas de las consideraciones que esta novela puede sugerir a quien la lea con sensibilidad de historiador. Y para ello conviene enmarcarla en el contexto de la historia rusa y de la biografía de su autor.

⁶ CANSINOS-ASSENS, Rafael (1936?): *Fiodor Mijailovich Dostoyevski: el novelista de lo subconsciente*, Madrid, Aguilar, pág. 305.

⁷ Me refiero a los artículos políticos incluidos en *Diario de un escritor*, en el tomo III de las *Obras Completas* publicadas por Aguilar.

⁸ LÓPEZ ARANGUREN, José Luis (1970): *El cristianismo de Dostoievski*, Madrid, Taurus, pág. 90.

DOSTOIEVSKI Y RUSIA

Dostoievski comenzó a escribir *Crimen y castigo* en 1865, cuando se hallaba en Wiesbaden, Alemania, en una situación particularmente angustiosa: había perdido todo en la ruleta y para subsistir tenía que empeñar ropa o alguna joya (lo que sin duda no es ajeno a que la víctima del crimen en torno al que gira la novela sea una odiosa usurera)⁹. De regreso a San Petersburgo consiguió un sustancioso pago de cuatro mil rublos, apenas suficientes sin embargo para calmar a sus acreedores, por la publicación de la novela en la revista de Moscú *El Heraldo Ruso* (*Russki Vestnik*), en la que las sucesivas partes aparecieron entre enero y diciembre de 1866. *El Heraldo Ruso*, fundado en 1856, era una de esas gruesas revistas mensuales en las que se combinaban los textos de creación literaria con otros de carácter filosófico, científico, histórico o sociológico y que, en el lenguaje velado al que les obligaba la censura, actuaban como órganos de debate político. La orientación que le dio su editor Mijail N. Katkov (1818-1887) era netamente conservadora y su importancia para la historia de la literatura estriba en que allí se publicaron por entregas las más importantes novelas de Turgueniev, Tolstoi y Dostoievski¹⁰.

Para éste la publicación de *Crimen y castigo* supuso la consagración como gran novelista y el principio del fin de sus apuros monetarios. A esto último contribuyó también decisivamente su matrimonio, en febrero de 1867, con Anna Grigorievna Snitkina (1846-1918), a quien había conocido cuando escribía *Crimen y castigo* y no sólo fue una amante esposa a la que él adoró, sino que supo organizar su vida, incluidos sus asuntos económicos, con un sentido común del que él siempre había carecido. Se puede decir que Anna salvó de sus locuras a Dostoievski, aunque tal salvación fuera bastante menos dramática que la de Raskólnikov por Sonia en *Crimen y castigo*.

Hasta entonces la vida de Dostoievski no había sido fácil. Su padre pertenecía a la nobleza (*dvoriantsvo*) y tras una larga carrera como médico militar prestaba sus servicios en un hospital para pobres de Moscú, mientras que su madre procedía de una familia de mercaderes. Al parecer el padre era competente, estricto y a veces violento, y en ocasiones bebía con exceso, lo que nunca ha sido infrecuente en Rusia. A su madre, que al

⁹ Los datos biográficos que siguen están tomados fundamentalmente de: CARR, Edward H. (1972): *Dostoievski, 1821-1881*, Barcelona, Laia, 296 págs. Esta obra, publicada originalmente en inglés en 1933 y traducida de manera deficiente, es a mi juicio la mejor introducción a la vida y la obra de Dostoievski que se ha publicado en España.

¹⁰ HINGLEY, R. (1967), págs. 221-226.

parecer era muy religiosa y mostraban gran amor a sus hijos, la perdió en 1837, cuando él tenía dieciséis años, y su padre fue asesinado en 1839 en una propiedad que había adquirido, según todos los indicios por siervos de la misma. Fiodor cursó estudios en la Escuela de Ingenieros Militares de San Petersburgo, entre 1837 y 1843, pero desde muy pronto su verdadera afición fue la literatura. Leyó ampliamente a autores tanto rusos como occidentales y tras un año de servicio como teniente de ingenieros se retiró del ejército en 1844, para dedicarse a escribir. Su primera novela, *Pobres gentes* (1844) tuvo una excelente acogida y le convirtió en uno de los jóvenes más prometedores en el ambiente literario de San Petersburgo.

Pero los jóvenes intelectuales petersburgueses no se interesaban sólo por la literatura. A pesar de la férrea censura que imperó durante el reinado del muy reaccionario Nicolás I (1825-1855) el fermento de nuevas ideas que en toda Europa precedió a las revoluciones de 1848 se manifestó también en Rusia. Dostoievski, en particular, comenzó a acudir a las reuniones que todos los viernes se celebraban en casa de un joven funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores, M. V. B. Petrashevski (1821-1866), en las que se discutían temas sociales, filosóficos y literarios, incluidas las ideas entonces en boga de socialistas utópicos franceses como Charles Fourier (1772-1837) y Étienne Cabet (1788-1856). A comienzos de 1849, Dostoievski y otros miembros del círculo de Petrashevski, sin saber que eran vigilados por informadores de la policía, dieron un paso más y se plantearon la posibilidad de imprimir escritos clandestinos. En la madrugada del 23 de abril de 1849 fueron arrestados 33 miembros del círculo, entre ellos Dostoievski, que pasó los siguientes ocho meses encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo. Los sucesivos interrogatorios a que fue sometido en ese período hubieron de servir de inspiración para su análisis de la incertidumbre y ansiedad que en *Crimen y castigo* sufre Raskólnikov, al ignorar qué sabe y qué se propone el juez que le interroga sin acusarle.

Finalmente sólo se pudo probar que Dostoievski había leído en una reunión del círculo un texto prohibido, la carta en que el famoso crítico V. G. Belinski (1811-1848) reprochaba al novelista Gogol su conversión a las ideas reaccionarias. Esto difícilmente habría sido considerado un delito en otro lugar de Europa, pero el Código Penal ruso de 1845 había establecido que la simple expresión de un propósito de alterar el sistema de gobierno existente podía ser castigada con la pena de muerte ¹¹. Así es que

¹¹ Pipes, Richard (1995): *Russia under the Old Regime*, Londres, Penguin Books, pág. 293. Este libro, que fue publicado originalmente en 1974 y no ha sido traducido al castellano, es un excelente estudio de la Rusia prerrevolucionaria.

21 de los acusados, entre ellos Dostoievski, fueron condenados a muerte por un tribunal militar. El 22 de diciembre de 1849 fueron conducidos al lugar de ejecución, donde en el último momento les fue leída la conmutación de la pena que había sido acordada un mes antes. La extremada crueldad que supuso este simulacro de ejecución impresionó enormemente a Dostoievski, como no podía ser menos. Cuando el protagonista de *El idiota* afirma que ser ejecutado es infinitamente más terrible que ser asesinado por un bandido, porque la certidumbre de que no hay escape posible supone la peor tortura, sin duda refleja lo que el propio novelista experimentó ante el pelotón de fusilamiento.

La durísima experiencia de los cuatro años que pasó en un campo de trabajo penal en Tobolsk, cargado de grilletes de día y de noche, en medio de una sociedad repugnante y bajo la constante amenaza de castigos corporales, fue reflejada por Dostoievski en sus tremendas *Memorias de la casa muerta*, publicadas entre 1860 y 1862, que a Pardo Bazán le parecieron «acaso lo más profundo» que hasta entonces se había escrito en Europa sobre un sistema penitenciario. Allí conoció Dostoievski a criminales que le servirían de inspiración para algunos de sus personajes, entre ellos el malvadísimo Svidrigáilov de *Crimen y castigo*, pero también a delincuentes de buen corazón. Estos últimos son tipos frecuentes en la literatura romántica, por ejemplo en el alemán Schiller (1759-1805), a quien Dostoievski admiraba, y Raskólnikov se inscribe también en esa tradición. Sobre él pende como amenaza, a lo largo de toda la novela, un penal como el de Tobolsk.

Luego vinieron para Dostoievski los años de exilio forzoso en otro lugar de Siberia, Semipalatinsk, primero como soldado raso y luego como teniente, hasta que en agosto de 1859 el gobierno del nuevo zar Alejandro II (1855-1881) le permitió regresar a la Rusia europea. En Siberia había padecido los primeros episodios de una epilepsia grave que le acompañaría el resto de su vida, lo que contribuye a explicar la abundancia de personajes con problemas cerebrales que aparece en sus novelas. En *Crimen y castigo* Katerina Marmeládova muestra síntomas de histeria y acerca de la salud mental de Raskólnikov se expresan bastantes dudas.

La experiencia del penal dejó también una gran marca sobre Dostoievski en otro sentido, si aceptamos su afirmación posterior de que la prisión le había «devuelto al pueblo». A partir de entonces fue desarrollando una fe mística en el pueblo ruso, que paradójicamente habría surgido de su experiencia entre los penados. De forma gradual se iría alejando de las ideas occidentalistas y socialistas de su juventud, para asumir la creencia eslavófila en que la tradición rusa encarnada en el zar y el pueblo era

superior a cualquier proyecto progresista llegado de Occidente; lo que le convirtió, en sus últimos años, en el nacionalista reaccionario que escandalizaría a Aranguren. Pero, como observó E. H. Carr, lo fundamental de su experiencia siberiana, en relación con la génesis de *Crimen y castigo* y sus otras grandes novelas, fueron las reflexiones éticas a que hubo de conducirlo su estancia en el penal, donde se encontró con gentes que habían cometido crímenes espantosos sin mostrar por ello arrepentimiento y que no obstante manifestaban en su conducta cualidades morales como el valor, el afecto y la generosidad, y eran apreciados por sus semejantes. Ni en un penal ni en *Crimen y castigo* son nítidas las fronteras entre el bien y el mal.

Cuando Dostoievski regresó a San Petersburgo, en diciembre de 1859, el ambiente era mucho más libre que diez años antes y la censura toleraba un debate intelectual de una amplitud antes inconcebible. Alejandro II, de quien Dostoievski se convirtió en ferviente admirador, fue el último gran zar reformista, digno continuador de la obra liberalizadora iniciada por Catalina la grande. La emancipación de los siervos en 1861, la reforma judicial de 1864, de acuerdo con la cual todos los delitos, incluso los políticos, serían juzgados públicamente por tribunales regulares, y la introducción de un limitado grado de autogobierno local, también en 1864, fueron pasos importantes en ese sentido. El sector más radical de la intelectualidad consideró sin embargo que las reformas eran insuficientes y criticó los términos en que se produjo la emancipación de los siervos, como inadecuados para favorecer el progreso de los campesinos. La gran revista *El Contemporáneo (Sovremennik)* se convirtió en portavoz de los radicales, hasta que fue suspendida en 1866, mientras que *El Herald Ruso* adoptó posiciones conservadoras. Dostoievski por su parte colaboró con su hermano Mijail en el lanzamiento, en 1861, de una revista literaria y política, *El Tiempo (Vremya)*, en la que se publicaron varias obras literarias suyas así como artículos en los que debatió problemas del momento. Esta revista, que fue suspendida por el gobierno en 1863, adoptó una posición centrista y polemizó tanto con la izquierda radical, a la que acusó de abandonar la tradición rusa en favor de ideologías extranjeras adoptadas artificialmente, como a la extrema derecha, a la que acusó de querer volver al pasado y negar que Rusia era también parte de Europa ¹².

¹² Estos datos sobre *Vremya* proceden de TERRAS, Víctor, ed. (1985): *Handbook of Russian literature*, New Haven, Yale University Press, pág. 514-515. Es ésta una obra de referencia valiosísima para el conocimiento de la literatura rusa.

Los años siguientes fueron para Dostoievski muy agitados, tanto en el plano sentimental como en el económico. Fue en un contexto de apasionados y a veces conflictivos idilios y de dificultades financieras, agravadas por sus esfuerzos por mantener a diversos familiares y por grandes pérdidas en los casinos de Europa occidental, como surgió *Crimen y castigo*.

POBREZA, ENFERMEDAD Y VICIO

Dostoievski no destacaba por el interés de sus descripciones físicas, ni de personas ni de lugares, sino por la fuerza de sus personajes, habitualmente enfrentados a tremendos dilemas éticos. No averiguaremos mucho por tanto en *Crimen y castigo* acerca de la ciudad en la que tienen lugar los hechos, San Petersburgo, de la que destaca sobre todo la sensación, en verano, de un sofocante bochorno, con olor «a cal, a polvo, a agua estancada»¹³, lo que nos recuerda que el mal olor era un rasgo común de todas las ciudades del pasado. Particularmente de las tabernas emanaba un «hedor insufrible»¹⁴. Y el hedor era la manifestación olfativa de la pobreza en que la mayoría de los rusos vivían por entonces, que hoy nos parecería atroz y que encontramos vivamente reflejada en la novela. Debe destacarse sin embargo que los personajes cuya miseria contemplamos en *Crimen y castigo* no son de clase baja. Pertenecen a la minoría privilegiada, a la que un abismo separaba de la mayoría campesina de Rusia, abismo cuya hondura queda de manifiesto cuando uno de los personajes observa que «un hombre imbuido de cultura contemporánea» preferiría ir a presidio antes que aguantar el trato con gente «tan extraña» como eran los campesinos rusos¹⁵.

El hombre culto al que esa observación va dirigida resulta ser el protagonista de la novela, el joven estudiante Rodion Raskólnikov, a quien en las primeras páginas encontramos casi sin haber probado bocado en dos días, tan mal vestido que apenas se atreve a salir a la calle, recluido pues habitualmente en su minúsculo y sucio cuarto alquilado, tan bajo de techo que apenas puede allí estar de pie un hombre alto¹⁶. Sin embargo, el hecho de ser estudiante era en sí mismo una prueba de pertenecer a la

¹³ Pág. 210. Todas las citas están tomadas de la cuidadosa traducción de RAFAEL CANSINOS ASSENS en las *Obras completas* de Dostoievski, Madrid, Aguilar, tomo II, págs. 17-399 (novena edición: 1966).

¹⁴ Pág. 18.

¹⁵ Pág. 253.

¹⁶ Págs. 19 y 35-36.

minoría privilegiada: en 1863 los padres del 72% de los alumnos en las escuelas secundarias rusas eran nobles (*dvoriane*) o funcionarios de carrera (*chinovniki*)¹⁷. Pero Raskólnikov se ha visto obligado a interrumpir sus estudios de derecho, porque su familia no puede mandarle dinero. Y aún más desesperada es la situación de la heroína de la novela, Sofía (Sonia) Marmeládova, que se ha prostituido para proporcionar algo de dinero a su padre, su madrastra y sus tres pequeños hermanastros. A todos ellos los encontramos en un cuarto que en realidad es un pasillo, al que llega de la escalera un tufo hediondo, amueblado tan sólo con una mesa de cocina, dos sillas y un diván derrengado, sin que sepamos dónde duermen los cinco, porque una cortina llena de rotos oculta el rincón donde lo hacen¹⁸. No obstante, tanto la familia Marmeládov como la familia Raskólnikov han conocido tiempos mejores. ¿Qué les ha llevado a su actual ruina?

Los motivos son los mismos que condujeron a la miseria a muchas familias reales. En el caso de los Raskólnikov ha sido la muerte del padre, que ha dejado a su viuda reducida a subsistir con una pequeña pensión. Ahora bien, para comprender lo numerosos que habían de ser viudas y huérfanos, basta recordar que en 1880 la esperanza media de vida al nacer era de 27 años en el imperio ruso, la más baja de los grandes países de cultura europea (la más alta la tenía entonces la próspera y poco poblada Australia: 49 años)¹⁹. Esta esperanza de vida supone que cerca de la mitad de las personas moriría antes de llegar a los veinte años (muchos de ellos en la primera infancia) y otra cuarta parte más antes de llegar a los cincuenta, con lo que la posibilidad de que al morir el padre todos los hijos estuvieran situados era bastante limitada. Sólo en las familias que disponían de una fortuna cuantiosa no suponía la muerte del padre una amenaza de miseria, a la que en cambio estaba expuesta la clase media.

En el caso de los Marmeládov la ruina se debe a que el marido ha perdido su empleo de funcionario a causa del alcoholismo y, como él mismo dice, se ha bebido todas las posesiones de la familia, incluso las medias de su esposa²⁰. Y el alcoholismo, que ha representado una plaga social en numerosos tiempos y lugares, lo ha sido especialmente en Rusia. La afición de los rusos a las bebidas alcohólicas era ya proverbial en el siglo

¹⁷ PIPES, R. (1995), pág. 262.

¹⁸ Págs. 33-34.

¹⁹ LIVI-BACCI, Massimo (1989): *Historia mínima de la población mundial*, Barcelona, Ariel, pág. 115. Como a menudo ocurre en España, este excelente libro ha sido mal traducido.

²⁰ Pág. 26.

xiii, mucho antes de que aprendieran a destilar vodka, como lo muestran las referencias a Rusia en el libro de Marco Polo, que recoge anécdotas de tremendas borracheras²¹. Y a fines del siglo xix la tasa sobre la venta de bebidas alcohólicas era la que más rentaba al erario imperial²².

Viviendas atestadas e insalubres, ropa reducida a harapos, hambre, frío y enfermedades eran las marcas de la miseria en las ciudades rusas, y no sólo rusas, de la época. El frío, tremenda causa de sufrimiento y enfermedad, no se describe en *Crimen y castigo*, por la sencilla razón de que la acción se desarrolla en verano. Hambre la pasa Raskólnikov, aunque en su caso ello se deriva en parte de su carácter huraño y su tendencia a no reaccionar frente a la adversidad, ya que le vemos renunciar a fuentes de ingresos que estaban al alcance de un estudiante, como las lecciones particulares y las traducciones. Pero también pasa hambre otro estudiante que ha debido dejar temporalmente sus estudios, Dimitri Razúmigin, perteneciente a la nobleza, quien a diferencia de Raskólnikov suple con pequeños trabajos la falta de subsidios familiares, a pesar de lo cual ha tenido que acostumbrarse a aguantar «todos los mordiscos del hambre y del frío»²³. Sin embargo en ningún momento se muestra en la novela lo que es sentir hambre. Es más, la indiferencia que Raskólnikov muestra hacia la necesidad de alimentarse es uno de los rasgos que contribuyen a hacer de él un personaje tan extraño.

Los efectos de la tuberculosis se muestran en cambio vigorosamente en el patético personaje de Katerina (Katia), la esposa de Marmeládov, una de las muchas tísicas que aparecen en la literatura de la época²⁴. La tuberculosis pulmonar no era sólo frecuente en la literatura: lo era también en la vida real de los europeos, al menos desde fines de la Edad Media. Algunos historiadores suponen que su incidencia fue elevada sobre todo en el siglo xvii y de nuevo en el xix. El contagio afectaba también a las clases acomodadas, pero la enfermedad hacía estragos sobre todo en los habitantes mal alojados y mal alimentados de las grandes ciudades, como los que aparecen en *Crimen y castigo*²⁵. Desde mediados del siglo xix, sin embargo, la tuberculosis empezó a retroceder, al menos en Inglaterra, mucho antes de que en 1921 se inventara la primera vacuna

²¹ MARCO POLO: *Viajes*, Madrid, Akal, 1983, págs. 520-521.

²² PIPES, R. (1995), pág. 157.

²³ Pág. 53.

²⁴ Págs. 33 y 318-319.

²⁵ McNEILL, William H. (1979): *Plagues and peoples*, Londres, Penguin Books, pág. 260. Este libro proporciona una buena introducción a la historia social de las enfermedades.

efectiva, a lo que contribuyeron algunas sencillas medidas higiénicas, incluida la prohibición de escupir en lugares públicos. Por el contrario en *Crimen y castigo* se escupe mucho, incluso para mostrar disgusto, como lo hace Razúmijin en casa de un juez ²⁶. Por lo demás, Dostoievski tenía buenos motivos para conocer los terribles efectos de la enfermedad, ya que su primera mujer había muerto de tuberculosis (y al igual que Katia había manifestado también síntomas de histeria).

Muchos moralistas de la época consideraban que la prostitución era una enfermedad social. Se trataba de una actividad legalmente regulada que se desarrollaba en los burdeles, frecuentes en casi todas las ciudades europeas, pero las mujeres que a ella se dedicaban eran víctimas de un estigma social, que no recaía en cambio sobre sus clientes masculinos. Esto era por supuesto una manifestación de ese doble rasero en materia de moral sexual que tan característico era de la sociedad europea decimonónica, y también de otras. Como reacción ante ello, no es infrecuente encontrar en la literatura de la época figuras de prostitutas que son víctimas de las circunstancias y no merecen reproche moral. En *Crimen y castigo* Sonia, prostituida por amor a su familia, se nos presenta incluso con rasgos moralmente admirables, que impresionan incluso a los presidiarios, lo que hay que poner en relación con la religiosidad evangélica de Dostoievski ²⁷. Debe recordarse que en los evangelios Jesús perdona a una pecadora arrepentida, a la que la tradición ha solido identificar con María Magdalena, y salva de la lapidación a una mujer adúltera, tras haber exortado a quien estuviera libre de pecado a lanzar la primera piedra ²⁸. Este último episodio, por cierto, no figura en algunos de los códices más antiguos del evangelio de Juan, lo que parece mostrar que muy pronto ciertos cristianos prefirieron censurar este rasgo tan generoso hacia las pecadoras, que en cambio encajaba muy bien en la concepción religiosa de Dostoievski. Por lo demás, aunque en la novela se alude al posible final que una prostituta puede tener, es decir ser llevada al hospital (por enfermedades venéreas, se sobreentiende) ²⁹, el personaje de Sonia resulta extremadamente falso, porque no sólo jamás se la presenta en el ejercicio de su actividad profesional, sino que no hay la más mínima alusión a cómo repercute ésta en sus sentimientos, que a lo largo de toda la novela se mantienen perfectamente virginales y altruistas.

²⁶ Pág. 190.

²⁷ Págs. 28-29 y 395-396.

²⁸ *Lucas*, 7, 36-50 y *Juan*, 1, 8-11.

²⁹ Pág. 245.

LA CONDICIÓN DE LA MUJER

Al hacer de Sonia una prostituta angelical. Dostoievski rompe una dicotomía característica de Europa del siglo XIX, que tendía a situar a cada mujer en una de dos categorías contrapuestas: la de la mujer fácil y la del ángel doméstico. En *Crimen y castigo* hay incluso un explícito paralelismo entre la disposición al sacrificio de Sonia, que se prostituye para allegar fondos para su familia, y el de Avdotia (Dunia) Raskólnikova, que está dispuesta a casarse con un hombre rico, mucho mayor que ella, al que no ama y que difícilmente va a hacerla feliz, para facilitar la carrera de su hermano ³⁰. Ambos sacrificios son presentados como excesivos, pero el hecho de que las dos figuras femeninas dominantes de la novela estén dispuestas a realizarlos revela que Dostoievski asume una concepción propia de su época: la mujer encarna un ideal pero lo hace en la medida que renuncia a su propio interés para perseguir sólo el de su familia. Una concepción que implica a la vez el ensalzamiento de la mujer a un plano ideal elevadísimo, cuyo origen probablemente haya de buscarse en el culto mariano, y la negación de que pueda vivir su propia vida de la misma manera que un hombre podía hacerlo ³¹.

En la historia de Dunia aparece un rasgo frecuente en la novela europea decimonónica: el trabajo de institutriz como prácticamente el único que puede desempeñar una joven de clase media con escasos recursos. Las ideas respecto al matrimonio de su pretendiente Piotr Luchin, un alto funcionario, tienen también interés. Ama a Dunia, aunque a su manera. Piensa que una mujer honrada y culta le daría un prestigio que facilitaría su carrera en San Petersburgo; lo que respondía a la realidad social europea de la época, donde el papel que jugaban las mujeres en la vida de relación de las clases altas les permitía efectivamente promover los intereses de su marido, que eran también los de ellas y sus hijos. Pero hay otra opinión de Luchin que no es fácil saber hasta qué punto era característica de la época, en parte porque quizá la compartieran muchos hombres que sin embargo no la expondrían tan crudamente como el mezquino personaje de Dostoievski. Su propósito, que revela a su futura suegra, es casarse con una señorita honrada pero sin dote y que haya conocido la po-

³⁰ Págs. 41-44 y 47-48.

³¹ Para una selección de textos novelísticos del siglo XIX acerca de la condición femenina vease BELMONTE, I., BETEGÓN, R. y AVILÉS, J. (1986): *Textos literarios para la historia contemporánea, 2: la Europa liberal*, Madrid, Debate, págs. 377-433.

breza, porque «el marido no debe estarle obligado por nada a su mujer, siendo mucho mejor que la mujer considere a su marido como su protector». La perspectiva de que una joven hermosa, digna, enérgica, virtuosa y más culta que él mismo fuera a estarle «servilmente agradecida su vida entera», por haberse casado con ella a pesar de no tener dote y de que su virtud hubiera sido injustamente puesta en duda, con lo que él podría por tanto «dominarla ilimitada y plenamente», le llenaba de felicidad ³². Esta es una de las pistas históricas más interesantes que a mi juicio ofrece *Crimen y castigo*. Sabemos que muchas jóvenes bellas se casaban con hombres, a menudo bastante mayores que ellas, cuyo nivel social era mucho más elevado que el suyo, y no es difícil comprender la ventaja que estos enlaces tenían para ambos contrayentes. A ella le atraía un hombre influyente que podría protegerla (lo que en términos biológicos, no necesariamente conscientes, suponía una garantía de que sus hijos saldrían adelante), a él la juventud y belleza de ella (lo que en términos biológicos, tampoco necesariamente conscientes, suponía una garantía de capacidad reproductora), acompañada de los necesarios rasgos de buena educación si la joven provenía, como Dunia, de una familia recientemente venida a menos ³³. Pero Dostievski sugiere otra ventaja de este tipo de matrimonios: una garantía de sumisión por parte de la mujer, muy valorada en la sociedad europea de entonces y en muchas otras.

Por cierto, el propio Dostoevski se casó en 1867, a los 45 años, los mismos que tenía Luchin en la novela, con Anna Snitkina, una joven de 20 años, huérfana de padre, que trabajaba como taquígrafa. A diferencia de lo que cabía temer en el caso de Dunia y Luchin, su matrimonio fue muy feliz.

En *Crimen y castigo* aparecen también dos matrimonios en los que el marido se ha casado con una mujer cuya posición social o económica es superior a la suya. Semión Marmeládov se había casado con Katia, una joven viuda con tres hijos de su anterior matrimonio, a la que encontramos con treinta años, tuberculosa, viviendo en la miseria con el recuerdo de su origen nobiliario y su esmerada educación, trabajando duramente en un hogar reducido a la miseria por el alcoholismo de su marido. A éste Katia le pega, le arrastra por los cabellos y él le deja hacer, por debilidad de ca-

³² Págs. 41 y 230-231.

³³ Si alguien considera este tipo de observaciones excesivamente cínicas y duda de que costumbres decimonónicas bastante desagradables tuvieran sin embargo sentido desde la perspectiva de la selección natural, puede consultar: WRIGHT, Robert (1996): *The moral animal: evolutionary psychology and everyday life*, Londres, Abacus, págs. 19-151.

rácter, por sentido de culpa, por cierto masoquismo incluso, pero quizá también porque tiene presente que ella es de un origen social más elevado que el suyo. Katia se había fugado muy joven con un oficial de infantería y cuando éste murió quedó sin recursos con sus tres hijitos, dada de lado por sus parientes y reducida a tal miseria que, como explica el propio Marmeládov, a pesar de ser una mujer culta y educada, de una familia distinguida, consintió en casarse con un funcionario de baja categoría como era él ³⁴.

Por su parte Arcadi Svidrigáilov se había casado con una mujer mayor que él, Marfa Petrovna, rica pero inculta. Y lo hizo empujado por la más absoluta necesidad, ya que ella le salvó de la cárcel por deudas. Pero no tuvo dificultad en imponer su superioridad: a los dos meses de casados, apenas llegados al pueblo donde residirían, la golpeó con un látigo. Volvió a hacerlo un par de veces en los siete años que duró su matrimonio. También dejó claro desde el primer momento que no iba a contentarse sexualmente sólo con ella y llegaron ambos, tras muchos lloros de ella, al acuerdo explícito de que él nunca la abandonaría, no se ausentaría sin su permiso, nunca tendría amante fija, ni se enamoraría de una mujer de su propia clase, pero en cambio podría retozar de vez en cuando con las chicas de la servidumbre, informándola a ella en secreto. Lo extraordinario de este acuerdo, lo que lo hace propio del cínico Svidrigáilov, es su carácter no sólo consciente sino explícito, pero en su contenido práctico responde a lo que era habitual en muchos matrimonios acomodados en la Europa de la época. Varias cláusulas del mismo aseguran a Marfa que va a conservar a su marido, ya que éste le garantiza contra las prácticas que más fácilmente pueden conducir al abandono: las ausencias prolongadas, las amantes fijas y especialmente aquellas que pertenecen a su propia clase social (es decir que habrían sido candidatas adecuadas para el matrimonio y por tanto lo son para cohabitar permanentemente). A cambio Svidrigáilov se garantiza algo que parece haber sido importante para muchos hombres y lo sigue siendo: la variedad de relaciones sexuales ocasionales. Y de manera que era típica de siglos pasados, serán las criadas las que sirvan para esta función, en ocasiones contra su voluntad, como en el caso de esa chica guapa pero estúpida y llorona, a juicio de Svidrigáilov, que montó un escándalo en su casa. Una última cláusula se refería a lo que para las esposas era el gran peligro, que su marido concibiera una pasión fuerte y seria, en cuyo caso Svidrigáilov habría de co-

³⁴ Págs. 26-27 y 33.

municárselo a Marfa, aunque dado su carácter libertino, no parecía que el caso pudiera llegar a darse ³⁵.

Por lo demás, al quedarse Svidrigáilov viudo a los cincuenta años, se plantea un segundo matrimonio, hasta qué punto seriamente ni siquiera él lo sabe, con una linda jovencita de dieciséis años, hija de un funcionario jubilado que se ve en grandes dificultades para mantener a la amplia familia que de él depende. Tanto ella como sus padres se muestran encantados ante la perspectiva del próximo enlace con un rico propietario, cualquiera sea su edad (lo cual por cierto tiene bastante sentido desde un punto de vista biológico, ya que un hombre de cincuenta años sigue siendo capaz de procrear, su misma edad le hace menos propicio a peligrosas aventuras extramatrimoniales y si es rico, su fortuna es una garantía para su mujer y sus hijos que les pone a cubierto incluso en el caso de que él mismo muera). Svidrigáilov, que muestra marcadas tendencias paidófilas, se siente feliz cuando su pequeña novia le abraza y le besa, le jura que será obediente, fiel y buena esposa, que le consagrará toda su vida, que se sacrificará por completo y que, a cambio de ello, sólo desea de él que la estime ³⁶.

CONTRA EL MATERIALISMO OCCIDENTAL

Crimen y castigo es una novela de tesis. Su tesis es que la concepción materialista de la vida, importada de Occidente, no puede servir de base para una conducta moral e inevitablemente produce consecuencias destructivas, tanto para la sociedad como para el individuo. Por ello la novela ha de entenderse en el marco del debate entre eslavófilos y occidentalistas que tuvo lugar en Rusia.

Los eslavófilos, que tuvieron como teórico más destacado a Aleksei Jomiakov ³⁷ (1804-1860), eran intelectuales nacionalistas que, en respuesta a las acusaciones de que Rusia no había realizado aportaciones relevantes a la cultura europea y que su única vía de progreso era aprender de Occidente, enfatizaron el valor de la tradición rusa. Al hacerlo respondían a su vez a una tendencia general del romanticismo europeo, que en todas partes condujo a la revalorización de la identidad nacional frente

³⁵ Págs. 213-214 y 345-347.

³⁶ Págs. 350-351.

³⁷ Khomyakov en la transcripción inglesa.

al universalismo de la Ilustración. En particular pensadores románticos alemanes como Herder (1744-1803), Fichte (1762-1814) y Schelling (1775-1854) tuvieron una gran influencia sobre los eslavófilos rusos. Pero éstos consideraron que la diferencia esencial entre la cultura rusa y la occidental era religiosa, ya que en su opinión sólo la Iglesia ortodoxa se había mantenido fiel al genuino mensaje de Cristo, mientras que tanto la Iglesia católica como las protestantes se habían dejado contaminar por el racionalismo individualista ³⁸.

El nacionalismo tiende a traducirse en xenofobia y en *Crimen y castigo* se observa un curioso rasgo xenófobo: todas las referencias a personajes extranjeros, ya sean observaciones del propio autor o de sus personajes, resultan hostiles o despectivas. Tales extranjeros no lo eran por otra parte del todo, ya que se trataba de alemanes, judíos y polacos que eran súbditos del imperio ruso, pero que eran vistos como extranjeros por los rusos debido a que no formaban parte de la comunidad eslava y ortodoxa. De acuerdo con el censo de 1895, los polacos, eslavos pero católicos, representaban el 4,7% de la población del imperio, los judíos el 4% y los alemanes, especialmente numerosos en las provincias bálticas y bien representados en la administración imperial y en la oficialidad del ejército, el 1,4% ³⁹. Los alemanes aparecen en la novela como prepotentes, ridículos y tan crueles con sus criadas letonas como un plantador americano con sus esclavos negros ⁴⁰. Y para Katia Ivanovna, a la que ciertamente Dostoievski no presenta como un testigo ecuánime, todos los extranjeros de San Petersburgo, «principalmente los alemanes», eran más torpes que los rusos ⁴¹. Los judíos, como cabía esperar, son tachados de tacaños y ávidos de dinero ⁴². En cuanto a los polacos, nos encontramos con uno que era «lamentable», no sabemos por qué, y con otros, delincuentes políticos, que consideraban como una chusma a todos los delincuentes comunes rusos con los que compartían la pena de presidio ⁴³. Por supuesto, no hay motivo para dudar que en la Rusia de entonces hubiera alemanes prepotentes y judíos tacaños y es cierto que los presos políticos, polacos o no, tienden a considerarse moralmente superiores a los comunes. Pero lo más notable es que en toda la novela no haya una sola referencia favora-

³⁸ Para una rápida introducción al pensamiento eslavófilo véase PIPES, R. (1995), págs. 265-268 y TERRAS, V., ed. (1985), págs. 423-424.

³⁹ SETON-WATSON, Hugh (1964): *The decline of Imperial Russia*, Londres, Methuen, pág. 31.

⁴⁰ Págs. 47, 119 y 382.

⁴¹ Pág. 286.

⁴² Págs. 267 y 352.

⁴³ Págs. 280 y 395.

ble a un extranjero. Con todo no hay que exagerar la carga xenófoba de *Crimen y castigo*, ya que, al ser genuinos rusos todos los personajes principales, los malvados también lo son. Por lo demás el propio Dostoievski, que se consideraba un auténtico ruso, quizá tuviera ascendientes polacos o lituanos, lo que evidentemente no tiene la más mínima importancia ⁴⁴.

Dostoievski no era hostil a la cultura extranjera en bloque y de hecho en su obra se manifiesta una fuerte influencia de escritores como Hoffman, Dickens, DeQuincey, Poe, Balzac, Hugo, Sand, Sue y Zola. En la novela, sus críticas van dirigidas hacia el positivismo materialista llegado de Occidente, que había desplazado en las mentes de los jóvenes radicales rusos al idealismo derivado de Schelling y Hegel, en boga cuando el propio Dostoievski era joven ⁴⁵. Tales críticas van dirigidas tanto hacia la versión capitalista del materialismo como hacia la socialista. Marmeládov cuenta por ejemplo que una persona al tanto de las nuevas ideas le había explicado que la compasión, es decir el dar dinero a los semejantes, estaba prohibida por la ciencia de la economía política y así se hacía en Inglaterra ⁴⁶. El propio Raskólnikov tiene una actitud confusa al respecto, como acerca de casi todo, pero en general muestra un instinto caritativo que le impulsa a dar dinero a los necesitados, incluso cuando él lo necesita, para luego arrepentirse cuando reflexiona racionalmente sobre ello, lo que para Dostoievski parecía constituir un ejemplo de cómo una persona podía negar su propia naturaleza altruista por influencia del positivismo materialista ⁴⁷. Pero quien se erige en portavoz del materialismo capitalista es Luchin, un personaje que más que nada en el mundo ama su dinero y que obviamente resulta despreciable a ojos de su autor ⁴⁸. Luchin expone los principios de la economía liberal de manera que aparecen en directa contraposición al mandato de Cristo: cada uno debe amarse a sí mismo, no a su prójimo, y guiarse por el interés personal, porque así prosperarán sus negocios privados y cuanto más negocios privados prósperos haya tanto más beneficiada resultará la sociedad en su conjunto (esta última era efectivamente la tesis de Adam Smith) ⁴⁹. Sin embargo Luchin se muestra sorprendido de que la delincuencia ejercida por personas de clase alta esté aumentando en Rusia, a lo que Raskólnikov replica que ello es una directa consecuencia de una concepción de la vida sin más funda-

⁴⁴ CARR, E. H. (1972), pág. 11.

⁴⁵ PIPES, R. (1995), págs. 259-261 y 271-273.

⁴⁶ Pág. 25.

⁴⁷ Pág. 52.

⁴⁸ Pág. 230.

⁴⁹ Pág. 121.

mento que el interés personal, de la cual se puede deducir incluso que no hay motivo para no matar a alguien si de ello puede obtenerse un beneficio ⁵⁰.

Dicha observación de Raskólnikov encierra el dilema moral en torno al cual gira toda la novela. Pero antes de entrar en él conviene prestar atención a su crítica del materialismo en versión socialista, cuyo principal exponente en Rusia era Nikolai Chernishevski (1828-1889), autor de una novela de tesis, *¿Qué hacer?* (1863), en la que presentó a una joven emancipada fundadora de un taller colectivo. El portavoz de las ideas socialistas en *Crimen y castigo* es Andrei Lebeziátnikov, un joven progresista que conoce las teorías de Fourier y Darwin, que a diferencia de Luchin resulta ser un hombre honesto, pero que a pesar de sus buenas cualidades, nos advierte Dostoievski, era «efectivamente un imbécil» ⁵¹. Lebeziátnikov defiende la emancipación femenina y la vida en comunas, pero desde el punto de vista de su concepción moral lo que más nos interesa es su afirmación de que todo depende del ambiente que rodea a los individuos: «Todo consiste en el medio; el hombre, por sí mismo, no es nada» ⁵².

Ese determinismo ambientalista, abiertamente profesado, pero que en el fondo se combinaba contradictoriamente con un sentido del deber que más parece de raíz idealista, era en efecto característico de los intelectuales radicales rusos de aquellos años. Y aplicado al problema del crimen su corolario es la negación de la responsabilidad moral del criminal. Y esto es lo que escandaliza al bueno de Razúmijin, quien observa que para los socialistas el crimen representa meramente una protesta contra un régimen social anormal, por lo que desaparecería en el momento en que la sociedad quedara constituida normalmente. Pero su error estriba, para Razúmijin y sin duda para Dostoievski, en que ignoran la naturaleza humana y la historia, creen que la nueva sociedad puede surgir directamente de un plan racional y no del proceso vivo de la historia. Esta observación constituye el argumento central de Dostoievski contra quienes creen que el ser humano es sólo razón y contra las simplificaciones absurdas que de tan ingenua creencia pueden derivarse. Si se reducen todos los problemas de la vida al simple problema del bienestar material, truena Razúmijin, se llega a una solución de claridad seductora, que evita la molestia de pensar. Pero el falansterio, el molde de vida colectiva, que los socialistas pretenden edificar sobre tales bases, chocará con que la naturaleza humana no está *aún* preparada para vivir en él (y hay que subrayar el

⁵⁰ Pág. 123.

⁵¹ Pág. 269.

⁵² Págs. 272-274.

aún porque implica que Razúmijin no descarta que el desarrollo natural de la sociedad pudiera conducir en el futuro a formas de vida colectivistas)⁵³.

EL PROBLEMA MORAL

No es raro que una novela de tesis resulte ser una mala novela, porque para «probar» la tesis lo más fácil es crear personajes que encarnen estereotipos: un joven, pongamos por caso, al que una ideología materialista ha convencido de que los valores morales son puramente convencionales y que por tanto comete un crimen en provecho propio. Ahora bien, cuando los personajes de una novela son puros estereotipos el resultado es que suenan falsos y que la novela pierde esa capacidad para sugerir la compleja trama de la vida humana que es uno de los rasgos fundamentales de la gran literatura. Pero Dostoievski era un novelista demasiado sutil para caer en ello y de hecho lo que hace interesante el personaje de Raskólnikov es que no se limita a ser la encarnación de una tesis. Como prototipo de intelectual materialista, en efecto, Raskólnikov deja mucho que desear: no es un personaje frío y cerebral que sabe lo que quiere, sino un joven inmaduro, con ideas confusas e impulsos contradictorios, sometido además a unas condiciones de vida desquiciantes: pasa buena parte de sus horas en su mísero cuarto, huye de las relaciones personales, no tiene empleo, ha tenido que dejar sus estudios y ni siquiera lee (sus cuadernos y libros están llenos de polvo⁵⁴). No parece que alguien que vive así tenga que ser corrompido por ideas extranjeras para caer en una conducta antisocial.

De hecho, a pesar de que muchas páginas de la novela están llenas de reflexiones de Raskólnikov acerca de su crimen⁵⁵, no ofrece en ellas una explicación clara de por qué ha matado: ¿para obtener dinero que le permita continuar sus estudios y llegar a ser alguien?, ¿para salvar a su hermana de la pobreza y de la perspectiva de un matrimonio indeseable?, ¿para convertirse en un futuro benefactor de la humanidad?, ¿para probarse a sí mismo que es un hombre extraordinario, por encima de las reglas morales convencionales? Todos estos factores han influido en su decisión, pero él mismo no parece tener un convencimiento firme acerca de cuál de ellos ha sido el principal y ni siquiera descarta del

⁵³ Págs. 195-196.

⁵⁴ Pág. 35.

⁵⁵ Especialmente págs. 304-308 y 378.

todo estar loco ⁵⁶ (posibilidad esta última que muchos otros personajes sospechan, pero que el propio Dostoievski claramente descarta, incluso en la forma de enajenación mental transitoria ⁵⁷). Y esta ambigüedad acerca de los motivos últimos de la conducta de su personaje muestra que Dostoievski tenía una percepción más profunda acerca de la complejidad de la conducta humana que aquellos ideólogos materialistas para los que los seres humanos son máquinas guiadas por la búsqueda racional de su utilidad personal.

Pero Dostoievski no se limita a mostrar que el ser humano no es puramente racional, si no que, a través de las reflexiones de Raskólnikov, muestra que no es posible construir una moral sobre bases racionales y que se debe desconfiar de la razón. Y en ello es difícil no estar de acuerdo con él: como David Hume (1711-1776) expuso con particular claridad, la mera razón sólo puede emitir juicios sobre asuntos de hecho (acerca de *lo que es*), pero de ellos no se pueden deducir reglas de conducta (no se puede juzgar *lo que debe ser*). Este problema se lo plantea Raskólnikov al comienzo de la novela a propósito de Marmeládov, a quien de entrada considera un bellaco (juicio moral que la mayoría de los lectores consideraran adecuado acerca de quien, por su vicio alcohólico, conduce a su familia a la miseria), para luego reflexionar si, al juzgarle así, no había cometido una sandez, si en realidad los principios morales no eran «sólo prejuicios, únicamente espantajos para meter miedo, y que no había límite alguno y que así debía ser...» ⁵⁸. Y en la creencia de que no hay límites morales, Raskólnikov llega al asesinato voluntario, un tipo atroz de crimen que precisamente Hume puso como ejemplo para argumentar que no hay ningún tipo de conducta que pueda ser considerada como viciosa por motivos puramente racionales ⁵⁹.

La razón deja pues a Raskólnikov en el más completo vacío moral, pero en cambio sus impulsos naturales son buenos, como se manifiesta en su generosidad a lo largo de toda la novela y se explica incluso cuando es juzgado ⁶⁰. Es también un idealista, «dispuesto a dar su vida por una idea, por una ilusión, hasta por un ensueño» ⁶¹. En resumen, es un mu-

⁵⁶ Págs. 221-222.

⁵⁷ Pág. 388.

⁵⁸ Pág. 35.

⁵⁹ Se alude aquí a Hume no porque tuviera especial influencia en Rusia, que no la tuvo, sino por ser el pensador que formuló la tesis clásica acerca de la imposibilidad de hacer juicios morales racionales. Acerca de su filosofía moral véase Ayer, A. J. (1988): *Hume*, Madrid, Alianza Editorial, págs. 130-133.

⁶⁰ Pág. 389.

⁶¹ Pág. 394.

chacho de excelentes cualidades naturales, aunque en verdad un tanto hurraño, al que un noble ideal habría quizá llevado a grandes cosas, pero es corrompido por influencia de ideas perversas, ideas occidentales y progresistas por más señas, del tipo de las que condenaban los esclavófilos.

Debe observarse, sin embargo, que la tesis de que el asesinato de una usurera vieja y malvada pudiera justificarse en términos de moral utilitarista, si su asesino utilizara en beneficio de muchas vidas jóvenes y valiosas el dinero que ella pensaba dejar a su muerte a un monasterio, no la expone en la novela el propio Raskólnikov, sino un estudiante que confiesa que, a pesar de todo, él sería incapaz de matarla ⁶². A Raskólnikov ese argumento le ronda por la cabeza, pero él no es un utilitarista sino un romántico y más que en ayudar a la humanidad sueña en dominarla. Su tesis, tal como la explica a un juez, es que, así como los hombres ordinarios deben someterse a las leyes, hay individuos *extraordinarios* que tienen derecho «a saltar por encima de... ciertos obstáculos, y únicamente en el caso en que la ejecución de su designio (salvador, a veces, acaso para la Humanidad toda) así lo exigiere». Pero, al desarrollar su tesis, Raskólnikov se muestra bastante confuso acerca de lo que entiende por individuos extraordinarios con designios salvadores, ya que comienza por citar a científicos (Kepler y Newton) y pasa a continuación a «legisladores y fundadores» (Licurgo, Solón, Mahoma y Napoleón). Ahora bien, el argumento de que Newton tenía derecho a eliminar vidas humanas si ello era necesario para que sus descubrimientos fueran conocidos no tiene demasiado peso, dado que obviamente no era necesario. El argumento de que Solón había sido un criminal, aunque no fuera más porque al promulgar leyes nuevas había abolido las que hasta entonces se habían considerado sagradas, resulta un artificio retórico para poder compararle con Napoleón, que sí virtió sangre inocente en abundancia. Y acerca de este último, lo que no explica Raskólnikov es en qué sentido se le puede considerar un benefactor de la humanidad ⁶³.

Sin embargo, cuando Raskólnikov reflexiona a solas sobre su crimen, ya no piensa en Newton ni en Solón, sino sólo en Napoleón, «el verdadero *dominador*, al que todo le está permitido», cuya grandeza evoca en términos estrictamente militares (nadie imagine que le admira por el código civil) ⁶⁴. Y cuando se confiesa a Sonia, le explica que mató porque «quería ser un Napoleón» ⁶⁵. Así es que Raskólnikov es empujado al crimen no

⁶² Pág. 63.

⁶³ Págs. 198-199.

⁶⁴ Págs. 208-209.

⁶⁵ Pág. 305.

tanto por una concepción materialista de la vida como por un culto romántico del héroe, que en Rusia, cuando Dostoievski era joven, había encontrado en Napoleón uno de sus mitos ⁶⁶.

El culto romántico del héroe no estaba ya de moda entre los jóvenes radicales de los años sesenta, que por el contrario habían asumido las premisas del positivismo materialista, pero renacería bajo nuevos ropajes en el ambiente intelectual irracionalista del fin de siglo. Y a ello contribuyó notablemente un filósofo alemán que mostró su admiración por Dostoievski, Friedrich Nietzsche (1844-1900). En *Así habló Zaratustra* (1883-1885) Nietzsche expuso su concepción del superhombre como corolario de la muerte de Dios. Si Dios no existe, se hundien todas las bases del idealismo tradicional y al hombre sólo le quedan dos vías, la de la trivialidad y el desenfreno moral (digamos, la vía de Luchin y Svidrigáilov) o aquella de la que el propio Nietzsche se erige en profeta, es decir la que conduce al superhombre a través de la negación de la moral objetiva y la fundamentación de nuevos ideales en la pura voluntad de poder ⁶⁷. Raskólnikov no es sin embargo capaz de convertirse en un pequeño Napoleón, cuanto menos en un superhombre: ni siquiera es capaz de mantenerse firme en sus convicciones y no delatarse por el crimen que ha cometido y que teóricamente creía justificable.

Dostoievski no podía hacer de Raskólnikov un superhombre porque, aunque consideraba también que el corolario de la muerte de Dios sería el hundimiento de la moral objetiva, no compartía la premisa de Nietzsche: él seguía creyendo en Dios. A lo largo de la novela Raskólnikov muestra al respecto su característica indecisión: no parece tener muy claro si cree o no cree, quizá racionalmente no cree, pero... ⁶⁸. Los funcionarios de la Iglesia oficial, los popes, no juegan un gran papel: cumplen sus ritos junto a los moribundos, pero se muestran inhábiles para dar consuelo cristiano a una viuda ⁶⁹. Quien ejerce de portavoz de Dios en *Crimen y castigo* es la prostituta Sonia y la religión de ésta, la religión de Dostoievski, es la religión del sufrimiento. De hecho Sonia no parece enamorarse de Raskólnikov como hombre, sino que le abraza y le besa por primera vez cuando él le confiesa su crimen y ella comprende lo desdichado que es por haberlo cometido: parece abrirse ante ellos una inmensa posibilidad de

⁶⁶ CARR, E. H. (1972), pág. 176.

⁶⁷ Véase FINK, Eugen (1966): *La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza Editorial, págs. 94-105.

⁶⁸ Págs. 150, 200, 218.

⁶⁹ Págs. 146-147.

sufrir juntos ⁷⁰. Y la salida que ella le ofrece a él es la redención por el sufrimiento ⁷¹. Pero no es Sonia la única que expone esa concepción: su padre, el lamentable borracho Marmeládov, se declara sediento «de tristeza y lágrimas» y cree que Dios le perdonará precisamente porque él se considera indigno de ser perdonado ⁷². Y el propio Raskólnikov, cuando explica su concepción de los hombres extraordinarios que tienen derecho a verter sangre, añade que sufrirán por sus víctimas, porque «el sufrimiento y el dolor son inherentes a una amplia conciencia y a un corazón profundo» ⁷³.

Por supuesto el énfasis en el sufrimiento tiene su raíz en el Evangelio y por tanto es común a todas las ramas de la tradición cristiana. Pero quizá haya también algo particularmente ruso en esta religiosidad de Dostoievski, en la que el sufrimiento por los pecados cometidos parece más valioso que cualquier esfuerzo encaminado al bien común. Un historiador de la civilización rusa ha observado que la resignación y la humildad, la aceptación pasiva del propio destino y el sufrimiento en silencio, el rechazo de la razón analítica y de la implicación en los problemas de este mundo eran las características doctrinales de la Iglesia ortodoxa y contribuyeron, paradójicamente, a que ésta dejara de ser una gran fuerza moral para convertirse en un apéndice de la monarquía ⁷⁴.

Una última observación. Hemos visto que Raskólnikov se siente «dispuesto a dar su vida por una idea, por una ilusión, hasta por un ensueño» y que considera lícito el crimen si es al servicio de un designio salvador. ¿No es el asesinato de una usurera una consecuencia bien mezquina de tan grandes premisas? Para quienes, como los socialistas de la novela, pensaban que un cambio radical en la organización social acabaría con todos los males, cabía la posibilidad de concebir crímenes de una utilidad infinitamente mayor. Algunos no sólo los concibieron sino que se pusieron manos a la obra. En abril de 1866, cuando *Crimen y castigo* estaba en curso de publicación, un ex estudiante intentó asesinar a Alejandro II, dando inicio a una campaña terrorista que, con diferente intensidad, se prolongaría durante más de cuarenta años, contribuyendo a que la monarquía rusa se atrincherara en una intransigente negativa a la liberalización del sistema político, intransigencia que a su vez estimuló, en un siniestro círculo vicioso, el terrorismo. Y como era de suponer el naciente terrorismo interesó a Dostoievski, que abordaría el tema en otra de sus grandes novelas: *Demonios*.

⁷⁰ Pág. 303.

⁷¹ Pág. 309.

⁷² Pág. 32.

⁷³ Pág. 202.

⁷⁴ PIPES, R. (1995), págs. 221-223.